



Amores patológicos

Nuria Barrios



ÍNDICE

TEXTOS

1. Una sucia venganza	13
2. El retorno de Fernando	18
3. La Llorona	22
4. Una muerte de ensueño	26
5. Amor, calla, no hables	31
6. Bla, bla, bla, bla	37
7. Adiós monito	44
8. El sueño del monito	52
9. Terapia amarilla	55
10. Albóndigas afrodisiacas	64
11. El olor dura más que el amor	70
12. Ven, ven, ven	79
13. Mentira. Todo mentira	89
14. Paso a referir los hechos	98
15. La huella de Eva	112
16. Tocado y hundido	127

TEXTÍCULOS

1. El deseo, atrapado por las orejas	139
2. La cloaca sentimental	140
3. Y, a pesar de todo, la vida vuelve	142
4. Sangre envenenada (<i>Sombra I</i>)	144
5. Me ahogas. No me olvides (<i>Sombra II</i>) . . .	145
6. El círculo (<i>Sombra III</i>)	147
7. La espera (<i>Sombra IV</i>)	149
8. El mono de mi tía Nieves	150
9. Al deseo, ¿quién diablos lo ha llamado?	152
10. Amor encapsulado	154
11. Asesinato del deseo por un alambre	156
12. Remedios caseros	158
13. Sentimientos procesados	160
14. Qués y dónde	162
15. La carpa (<i>Circo I</i>)	164
16. La playa (<i>Circo II</i>)	166
17. Antón y las cerditas (<i>Circo III</i>)	168
18. Más difícil todavía (<i>Circo IV</i>)	169
19. Perspectiva	170
20. Que el corazón descanse	171
Agradecimientos	173

UNA SUCIA VENGANZA

A Fernando lo tiré al lago de la Casa de Campo hace dos meses. En una urna herméticamente cerrada, como me había pedido. Lo entregué cadáver a la funeraria y me lo devolvieron reducido a limpias cenizas en una caja de bronce con relieves griegos bordeando la tapa. Fernando mismo la había elegido.

Cuando supo que iba a morir, se acercó a mí y me susurró unas palabras al oído. Luego me cogió la mano y, juntos, fuimos en busca de su deseo. Era la primera vez que salíamos en mucho tiempo. Le gustó aquella urna porque era grande y, sobre todo, porque la tapa era firme y, según el vendedor, infranqueable. La dejó allí, tras pagarla, con el encargo de que grabaran en una placa negra su nombre y las fechas de nacimiento y muerte tan pronto como yo les llamara. Así ocurrió.

Mi marido murió hace dos meses tras una vida dedicada a buscar lo que no sabe, lo que no huele, lo que

no mancha... Era un escrupuloso tiránico que analizaba cada hoja de lechuga antes de comerla, se lavaba los dientes cada vez que se llevaba algo a la boca, se enjabonaba las manos sin descanso y no se desplazaba sin un completo neceser donde nunca faltaban los bastoncillos, el algodón, el alcohol y la lejía. Sus inspecciones siempre culminaban con éxito. «¿Ves? ¡Te lo dije!», declaraba, mientras señalaba con orgullo el pulgón en la ensalada.

Cuando yo le conocí ya tenía algunas rarezas. Recuerdo la primera vez que me besó. Habíamos ido al cine a ver *Tal como éramos*. Robert Redford estaba abrazando a Barbra Streisand, cuando Fernando puso su brazo en torno a mí. Cuando me volví a mirarle, nos besamos. Fue un beso largo, con los labios ansiosos y las lenguas desorientadas.

Al separarnos, me dio un caramelo de menta y se metió otro en la boca. «Chúpalo bien. Es para limpiarnos», me dijo bajito con una sonrisa. Luego sacó del bolsillo una toallita de colonia, de ésas que te dan en los aviones después de comer, y se frotó con energía los labios. A mí, la verdad, me hizo gracia.

No sabía lo que me esperaba.

No tuvimos hijos. La oscuridad húmeda de mi vagina le aterraba. Sólo una vez consintió en correrse dentro de mí. Aún recuerdo su cara de pánico. Pasó varios días examinándose el pene en espera de cualquier señal fatídica: una erupción mortal, un hongo salvaje, bichos... Cualquier cosa. Como nada ocurría, acudió a un urólogo que, antes incluso de pedirle que se bajara los pantalones, le dijo con sorna:

—¿Dónde la habrá metido?

Aquella frase marcaría nuestra vida conyugal. De nada sirvió que los análisis fueran negativos. Fernando

se negó a partir de entonces a hacer el amor conmigo sin preservativo. Empezaba la siguiente etapa de mi martirio sexual.

Jamás se fió de la esterilidad de los condones. Para empezar, no eran herméticos y además olían mal. Se restregaba el pene con saña antes y después de colocarse la goma y me obligaba a lavativas continuas. Antes de hacer el amor, introducía su nariz entre mis piernas y me olisqueaba como un perro de caza. Al final dejamos de follar.

Fernando sufría. Fernando era un hijo de puta. Le bastaron 15 años para destrozarme la vida. Yo olía, sabía y manchaba. Contaminaba. Si no conseguí separarse de mí fue porque me necesitaba. Era su enfermera. Cuando estábamos en casa de amigos, yo iba siempre la primera al cuarto de baño para avisarle si estaba «visitable». Ninguno lo estuvo jamás para mí maniaco, que debía aguantar estoico las ganas hasta que volvíamos a casa. No pasaría mucho tiempo antes de que decidiera dejar de salir.

Nuestra casa era una burbuja estéril. Como nuestra vida. Fernando prescindió de la chica que venía a limpiar alegando que contaminaba por donde pasaba. Me costó despedirla. La pobre había aceptado todas nuestras exigencias, incluidos los guantes, el gorro de plástico y las bolsas en los pies, que debía colocarse en cuanto entraba. Limpiaba con amoníaco y cuando no tenía más remedio que hablar con Fernando se ponía una mascarilla de cirujano. Se marchó, pero antes nos dejó un regalo. Se cagó en medio del pasillo.

Nuestros amigos dejaron de visitarnos. Las primeras en rebelarse fueron las mujeres, que se negaron en redondo a estropearse el pelo con el maldito gorro de plástico que les ofrecía Fernando en cuanto abría la

puerta. Ellos acabaron cediendo, hartos de tanta rareza higiénica. Le llamaron loco e intentaron que le abandonara. No pude.

Me quedé a solas con el hombre estéril.

Un escrúpulo mató a Fernando. Cada vez sentía más asco hacia la comida y no toleraba su última fase: la deposición. El estreñimiento le hacía tan feliz que decidió reducir su alimentación. Su obsesión llegó a tal punto que un día dejó de comer. Cuando aceptó que llamara al médico era demasiado tarde. Estaba en las últimas.

Se encontraba tan mal que olvidó indicarme dónde quería que depositara la urna. Con las cenizas en el bolso negro, me dirigí a casa. Cogí el metro y bajé en la estación de la Casa de Campo. A la izquierda descendía el camino hacia el lago. Era domingo.

Pagué un billete y me monté en la barcaza junto a una legión de padres e hijos cargados con bolsas de palomitas y pedazos de pan duro para las carpas. Cuando vi que nadie me prestaba atención saqué la urna del bolso y la tiré al agua. Fernando me había hecho jurar que no abriría la tapa. Le repugnaba la idea de que sus cenizas se esparcieran por el sucio espacio.

Hace unos días leí en los periódicos que el lago estaba seco. Las intensas lluvias de la semana pasada rompieron los muros de contención y el agua se escapó hasta la M-30. Anoche fui a la Casa de Campo. En el enorme círculo vacío donde antes estaba el agua había un par de camiones y montañas de fango apiladas aquí y allá. Me quité los zapatos y con los pies hundidos en el barro busqué la urna.

La encontré junto a unos patos. No sé qué me pasó. Cogí una piedra y empecé a golpearla con rabia hasta que saltó la tapa. Allí estaban las cenizas estériles.

Las volqué en la palma de mi mano y se las mostré a los patos. En la oscuridad, Fernando relucía como un ratoncito gris. Deseé encontrar un gato. «Patos», dije en voz baja. «Patos, patos...», repetí más alto. Uno se acercó y se las zampó. Antes de irme, levantó la cola y cagó.